

CHACABUCO.

¡Para cantar la hazaña
De mas eterna gloria
Que en lid sangrienta i de feliz memoria
Obtuvo Chile del poder de España,
Sublime inspiracion, brinda a mi canto
El estro vigoroso
Del cantor de Junin! Que si Bolívar
Es en los cantos del ilustre vate
El jenio vencedor de aquel combate,
Orgullo de la historia americana,
La hazaña que yo canto,
I a la cual rendiré justa alabanza,
Es debida tambien a la pujanza
De un héroe superior!—¿Lo veis? ¡Miradlo
Coronada se ve su altiva frente
Por el sol esplendente,
Huella su planta las nevadas cimas
Do reina el cóndor de pujante vuelo,
Salta a su paso bullidor torrente
Lamiendo riscos i salvando simas,
Tremola entre sus manos
La espada vencedora
Sediento de lidiar, i al viento flota
La insignia redentora
De dos pueblos heróicos,
Terror de los tiranos,
I dignos, sí, de apellidarse hermanos!
¡Miradlo, sí, miradlo!
Desde esa nieve que a los oielos toca
I do revienta el huracan i el trueno,
A la hueste realista
Domina con su vista
I al combate provoca
El titan arjentino!

I sediento de gloria i de confianza,
Mirad cual se abalanza,
Despreciando la muerte,
El bravo San Martin! No de otra suerte,
Abriendo en su rodar fácil camino,
Se precipita la gigante roca
Que impele en aluvion i torbellino!

Así, tambien la reina
Del espacio esplendente,
Sus anchas alas en las nubes peina,
Fijando con su vista poderosa
Al inmundo reptil que diligente
La presa busca que a su diente acosa!

¡Jamás fueron mas grandes
Los gigantescos Andes
Que el día aquel en que su cumbre heria
La planta audaz de la lejon de bravos
Que a libertar corria
Pueblos cansados de sentirse esclavos!

I resuena el clarin, i despreciando
El peligro i la muerte,
Por entre el plomo que vomita el bronce
Los bravos escuadrones
Se estrechan mas i mas! No de otra suerte
Se chocan corpulentas
Las olas del océano
Al empuje del ábrego tirano,
Precursor de las horribidas tormentas!

I en ámbos bandos el rencor domina,
I avivando el ardor de la batalla
Salta en pedazos la fatal metralla
Claros dejando en su veloz correr.
I sigue la matanza, i sigue, i sigue,
I hollando los despojos de la guerra,
I haciendo estremecer toda la tierra
Chocan los bravos sin ceder un pié!

Es todo estruendo, confusion i sangre,
Columna de humo por el aire sube
Formando espesa i aterrante nube
Por sobre la guerrera multitud.
I en ámbos bandos el ardor acrece,
Tal como acrece el Aquilon que salta

Por suspender a la rejión mas alta
Las crespas olas del oceáno azul.

Ved como arrojan el cortante acero
Pregonando la muerte o la victoria,
Ved, a esa jente, honor de nuestra historia
Marchar de frente i sin mirar atras.
I mano a mano, de coraje ciegos,
El polvo hacen morder a los contrarios,
Que en cruel derrota i por caminos varios
Huyen del bravo que tras ellos va.

La accion dirige recorriendo el campo,
Por entre el plomo que a su lado llueve,
Sobre un corcel que resoplando mueve,
De su cabeza la flotante crin,
Un jenio sin igual! Los españoles
Tiemblan cobardes al mirar su acero,
I ¡cómo no temblar cuando el guerrero
Es el audaz, ilustre San Martin!

De pronto el grito de “¡Victoria!” suena,
I resuenan tras él los sacros himnos
Cantados a una voz por los que dignos
Supieron por la patria combatir!
¡Salve a los bravos que a mi patria dieron
Renombre, triunfo i envidiable gloria!
¡Salve al coloso de inmortal memoria
Que hundió a los godos en brillante lid!

1875.

ROSENDO CARRASCO.



DON ALONSO DE GUZMAN I PERALTA.

Durante la era colonial uno de los criollos que alcanzaron mayor rango i mayor influencia en Chile, fué el doctor don Alonso de Guzman i Peralta.

En esa era, como es mui sabido, los empleos mas importantes eran confiados a los españoles, siendo en limitadas acasiones servidos por americanos o por españoles americanos, para decirlo tal como entónces se acostumbraba. I aun cuando el hombre de mi referencia no llegó al pináculo del poder, no deja por eso de diferenciarse su suerte de la de sus coexistentes.

En el siglo XVII un chileno habia desempeñado en dos ocasiones, accidentalmente, la presidencia del Reino; pero en el siglo XVIII no volvió a suceder esto. Mas, en cambio, la iglesia chilena, tuvo en el siglo XVIII dos prelados nacidos en su propio suelo i ámbos de méritos relevantes. La vida del doctor Guzman i Peralta corrió tambien en este siglo i tambien fué conciudadano de los obispos aludidos, esto es, fué oriundo de la Concepcion.

Su nacimiento ocurrió en esa ciudad por los años de 1705, i la carrera que le señalara su vocacion fué la noble del foro.

Hijo de la aristocracia colonial, en el segundo tercio de su vida, segun barrunto, celebró su matrimonio con una dama digna del rango que le habia cabido en la sociedad, la cual fué doña Nicolasa Lecaros i Ovalle.

Era don Alonso un hombre que a su hidalguía agregaba títulos de mas valer, tales como una buena intelijencia, una aventajada instruccion i una intachable honorabilidad. Todas estas cualidades fueron, empero, exornadas por la influencia de los cargos públicos. El historiador nacional, don Vicente Carvallo i Goyeneche, lo menciona entre los hombres de nombradía que habia producido la ciudad de Concepcion.

La ciudad de Santiago fué la cuna de su descendencia, el lugar donde figuró en la vida pública, i el punto en que se extinguió su existencia i mas tarde la de su esposa i sus hijos.

Fué uno de éstos el célebre relijioso franciscano frai José Javier de Guzman, el que entre sus manuscritos dejó algunos apuntes relativos, en parte, a sus projenitores i a otros deudos.

Desgraciadamente la mayor parte, casi todos los papeles de este relijioso historiador ya no existen, i de los pocos que lo han sobrevivido tengo una copia exacta entre los mios.

Si bien estas variadas apuntes me servirán para un extenso estudio sobre la vida i escritos de su autor, quiero ántes tomar de ellas la parte relativa a su distinguido padre.

Dejo trazados algunos antecedentes del doctor Guzman i Peralta, i a ellos debo agregar ahora una reseña de sus empleos i servicios, para lo cual me valdré a las veces de las propias expresiones de su hijo.

Establecida en Santiago la Real Universidad de San Felipe, i contándose aquél entre sus miembros fundadores, se hizo cargo de la cátedra de cánones i leyes, en cuyo servicio permaneció el largo período de veintidos años, al cabo de los cuales, en 1780, la jubilacion lo eximió de estas tareas.

“Fué fundador de dicha Real Universidad, dice su hijo, i el primer jubilado que tuvo.” Así se apartaba, pues, de su cátedra dejando establecido un buen precedente para alcanzar los honores de la jubilacion.

Segun el testimonio de su mismo hijo i del historiador ya citado Carvallo i Goyeneche, el doctor Guzman i Peralta fué en el seno de aquella corporacion no tan solo un catedrático, sino tambien uno de los rectores que ella tuvo.

En el órden administrativo no fueron tampoco secundarios los destinos confiados a la ilustracion i probidad de este chileno: fué asesor de cuatro presidentes i teniente letrado, cargo que el monarca español le encomendó en 1786.

“El dia 1.º de agosto de 86, dice frai José Javier, se le despachó título de asesor i teniente letrado de gobernacion i de intendencia a mi padre el señor doctor don Alonso de Guzman, i fué el primero que obtuvo en este Reino dicho empleo por su majestad.

“Por muerte del intendente subdelegado i presidente de esta Real Audiencia, el señor don Ambrosio de Benavides, recayó en él, segun el artículo 12 del nuevo plan de intendencias el despacho universal de los cuatro ramos de hacienda, civil, criminal i guerra, habiendo reservado para sí la Audiencia, que se intituló gobernadora hasta dar cuenta a su majestad, el despacho que dijo era superior.

“La renta que este oficio tiene, agrega todavía, son mil pesos del ramo de propios i advitrios i mil de las cajas reales i demas subvenciones, aunque éstas no ha gozado mi padre hasta tanto venga de la corte el arancel, o se aumente, omitiéndolas, la renta, como es en Lima.”

Algunos años ántes la corte española habia querido honrar con una toga al ya viejo doctor Guzman i Peralta. En efecto, en 1777 llegó a Chile el real despacho en que se le conferia el alto cargo de oidor de la Audiencia de Santa Fé de Bogotá.

“Renunciólo, escribe su hijo, por sus muchos años, i queriendo su majestad distinguir su mérito lo jubiló con los mismos hono-

res i dos tercios de la renta que debia gozar en dicha Audiencia.”

El despacho en que se le concedia esta gracia o recompensa a sus servicios, llegó a sus manos en los primeros dias del año de 1780, siendo éste, como ántes lo dije, el año en que tambien obtuvo su jubilacion en la Universidad de San Felipe.

A mas de los empleos enunciados, sirvió los de protector de naturales i auditor jeneral de guerra.

Don Alonso en su vejez tuvo que llorar la muerte prematura i consecutiva de tres hijos i de un yerno, i a todos ellos los sobrevivió mas de un lustro, llegando así la hora de su fin en el invierno de 1791.

“Yace sepultado, escribia tambien su hijo religioso, en el convento de mi Padre San Agustin, su gran devoto, i ya que por graves motivos adversos a mi fortuna no se enterró en mi religion, pienso, si alguna vez puedo, trasladar sus cenizas a esta santa Recoleccion.”

Acariciando esta idea frai José Javier de Guzman trazó un epitafio para la tumba de su querido padre, el cual colijo que nunca fué trasladado del papel a la piedra sepulcral.

Antes de mencionar los empleos que habia desempeñado el finado, lo titulaba: “Persona noble i mayorazgo de Castilla.” I mas adelante, al final del epitafio, agregaba: “Hombre mui cristiano, amante de su patria i padre de los pobres; hermano de todas las relijiones i síndico jeneral de esta provincia de nuestro Padre San Francisco.”

Segun la costumbre de la época el religioso proyectaba dejar escrita la vida entera de su conspícuo projenitor sobre la losa que cubriese sus despojos.

En reemplazo de este pomposo homenaje, que a la verdad parece raro que lo trazara una mano que envolvian los pliegues del sayal, le consagró mas tarde un recuerdo no ménos pomposo en una de las pájinas de la Historia de Chile que dió a luz en los años postreros de su existencia.

¡Tan cierto es que el hombre nunca se olvida de la calidad de la cuna en que fuera mecido!

Don Alonso, habiendo fallecido casi en vísperas de la revolucion de la independendencia, dijo su adios al Reino, dejando en su descendencia varios próceres insignes a la República.

Santiago, febrero 8 de 1876.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTA,

DE

JAVIER DE MAISTRE.

La parte meridional de la ciudad de Aosta, hoy día casi desierta, es un sitio que merece llamar la atención de los viajeros. Está rodeada de campos cultivados i praderas que se extienden, por un lado, hasta las antiguas murallas que construyeron los romanos para que les sirvieran de defensa, i por el otro, hasta las tapias de algunos jardines. Cerca de las puertas de la ciudad se ven las ruinas de un castillo antiguo, en el cual, si puede darse crédito a la tradición popular, el conde René de Chalans, instigado por los celos, dejó morir de hambre en el siglo XV, a su esposa, la princesa María de Braganza: de ahí el nombre de *Bramafau* (grito del hombre) dado al castillo por los habitantes del país.

Esta anécdota, cuya autenticidad podría probarse fácilmente, hace que esas ruinas llamen la atención de las personas que la creen verdadera.

Más lejos, a algunos centenares de pasos, se levanta una torre cuadrada, unida al antiguo muro i construida, según parece, con el mármol de que aquél estaba en otro tiempo revestido. Se la llama la *Torre del espanto*, a causa de que el pueblo la ha creído, durante mucho tiempo, habitada por aparecidos. Las ancianas de la ciudad de Aosta, recuerdan todavía, haber visto salir de ella, en las noches oscuras, a una mujer colosal, vestida de blanco i con una lámpara en las manos.

Hará como quince años que la torre fué refaccionada por orden del gobierno i circulada de murallas, para hospedar en ella a un leproso, separándolo de la sociedad i procurándole el único placer de que era susceptible en tan triste situación. Se encargó al hospital de San Mauricio que proveyese a su subsistencia i se le dieron algunos muebles i las herramientas necesarias para el cultivo de un jardín.

Durante la guerra de los Alpes, en el año de 1797, un militar que se encontraba en la ciudad de Aosta, pasó delante del jardín del leproso, cuya puerta estaba abierta i tuvo la curiosidad de entrar. Vió a un hombre, que apoyado en un árbol, parecía sumido en profunda meditación. Al ruido que hizo el oficial, el leproso, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Quién es? ¿Para qué me buscan?

—Dispensad, respondió el militar, a un extranjero, al cual, el bello aspecto de este jardín, ha hecho cometer una indiscreción, pero que de ninguna manera quiere molestaros.

—No deis un paso más. Deteneos, estais cerca de un leproso.

—Cualquiera que sea vuestra desgracia, no me alejaré un paso; jamás he huido de los desgraciados; pero si mi presencia es importuna estoi dispuesto a retirarme.

—Sed bien venido. Podeis hacerme compañía si despues de mirarme os sentís con el valor suficiente.

El militar se estremeció involuntariamente al oír las últimas palabras del habitante de la torre, al cual habia desfigurado horriblemente la lepra.

—Me quedaré, le dijo, si es que os agrada la visita de un hombre a quien la casualidad ha conducido a este lugar i a quien retiene en él un vivo interés.

—¡Interés! no puedo inspirar otra cosa que caridad.

—Me creeria feliz si pudiera ofreceros algun consuelo.

—Lo es i mui grande para mí, el oír el metal de la voz humana que parece huir siempre de mí.

—Si es así, permitidme conversar algunos instantes i recorrer vuestra habitacion.

—Gustoso lo haré si con esto puedo agradaros (diciendo esto, el leproso se cubrió con un velo, cuyas extremidades le ocultaron el rostro). Despues de esto, añadió: cultivo, como veis, este jardín, en el cual encontrareis flores mui raras. Me he procurado semillas de algunas que crecen naturalmente en los Alpes, las que se han multiplicado prodijiosamente i se tornan cada dia mas hermosas por medio del cultivo.

—En efecto, veo flores cuyo aspecto me es enteramente desconocido.

—Mirad esos rosalitos, son rosas sin espinas que únicamente crecen en los altos Alpes, pero que pierden esa propiedad a medida que se cultivan i se multiplican.

—Debian ser el símbolo de la ingratitud.

—Tomad algunas; no tengais miedo. Yo las he plantado, tengo el doble placer de regarlas i mirarlas; pero jamás las toco.

—¿Por qué?

—Temo marchitarlas i no poder obsequiarlas a los que vienen a esta torre.

—¿Para quién las destinais?

—Algunas veces, las personas que me traen el alimento hacen con ellas preciosos ramilletes. Otras veces, los niños de la ciudad se presentan a las puertas de mi jardín. Yo corro luego a la torre por temor de asustarlos o de hacerles algun daño, i desde mi ventana los veo jugar i robarme algunas flores. Al retirarse, levantan sus ojos hácia mí: "Buenos dias, Leproso," me dicen riendo, i con eso me hacen gozar.

—Habeis reunido plantas bien curiosas i variadas; veo flores i árboles frutales de especies desconocidas.

—Los árboles tienen mui poca edad, yo mismo los he plantado. Esa vid que se eleva a mas altura que el muro antiguo, forma con sus ramas i con la sombra que ellas producen, un pequeño cenador que es mi sitio favorito. Trepad a esas piedras, sobre ellas encontrareis una escala, cuyo arquitecto he sido yo mismo. Subid al muro.

—¡Qué sitio tan bello, tan propio para las meditaciones de un un hombre solitario!

—Me es mui querido: desde él veo el campo, los trabajadores i lo que sucede en la pradera sin ser visto de nadie.

—Admiro lo apacible i aislado de este retrete. Se vive en medio de una ciudad i, sin embargo, se creeria estar en un desierto.

—No solo existe la soledad entre las rocas i en medio de las selvas. El desgraciado está siempre i en todas partes solo.

—¿Qué série de acontecimientos os trajo a este recinto? ¿Es vuestra patria este pais?

—Nací en el principado de Oneille, a orillas del mar, i solamente hace quince años que habito en esta torre. Mi historia es una larga i continuada série de desgracias.

—¿Siempre habeis vivido solo?

—Perdí a mis padres cuando aun era mui niño i no los conocí. Me quedó una hermana; murió hace dos años. Nunca he tenido un amigo.

—¡Infortunado!

—Tales han sido los altos designios de Dios.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—¡Ah! ¡mi nombre es temible! me llamo el *Leproso*. Ignoro el de mi familia i el que recibí el dia de mi bautismo. Soi el *Leproso*: hé ahí el único título que tengo a la bondad de los hombres. ¡Bien pueden ignorar eternamente quien soi!

—Esa hermana de que me habeis hablado ¿vivía con vos?

—Vivió conmigo durante cinco años. Tan desgraciada como yo, compartíamos nuestras penas empenándonos mutuamente en hacer mas llevadera nuestra suerte.

—¿Cuáles son vuestras ocupaciones en una soledad como ésta?

—La relacion de las ocupaciones de un solitario no puede ofrecer interes a un hombre del mundo que encuentra su felicidad en la actividad de la vida social.

—¡Ah! ¡cuán poco conoceis el mundo! Jamas proporciona un instante de verdadero placer. Yo tambien suelo hacerme solitario, por mi propia voluntad, i talvez en nuestras ideas hai mas analogía de la que pensais: pero os confieso que la idea de un aislamiento eterno me espanta; me estremezco solo al pensarlo.

—*El que ama su morada encontrará en ella la paz.* La Imitacion de Cristo lo enseña así. Principio a creer en la verdad de esas palabras consoladoras. Los negros pensamientos que inspira la

soledad pueden tornarse ménos tristes por medio del trabajo. El hombre trabajador nunca es completamente desgraciado, tengo la prueba en mí mismo. En la primavera me ocupo en el cultivo de mi huerto i del jardin; en el invierno hago cestas, esteras, trabajo mis vestidos, preparo el alimento que me mandan del hospital i las horas que me deja desocupado el trabajo, las empleo en la oracion. De esa manera me parece que el año ha sido mui corto.

—Debia pareceros un siglo.

—Los pesares alargan las horas, pero los años se deslizan siempre con la misma rapidez. Hai en el último escalon de la desgracia, un momento de felicidad que no conocen los hombres i que os parecerá mui singular, es: el de existir i respirar. Los dias de primavera los paso sobre esta muralla gozando del aire puro i con el hermoso espectáculo de la naturaleza; en tales ocasiones, mis ideas son vagas, la tristeza reposa en el corazon, sin abrumarlo, i mis miradas se extienden sobre el campo i esas rocas. Queda todo eso tan grabado en la memoria, que forma, por decirlo así, una segunda parte de mí mismo. Cada sitio llega a ser un amigo, al cual veo con alegría todos los dias.

—Muchas veces he experimentado una cosa parecida. Cuando el pesar se apodera de mi sér i no encuentro en el corazon de los hombres lo que el mio desea, me consuela el aspecto de la naturaleza i la vista de las cosas inanimadas; tomo cariño a las rocas, a los árboles i llego a creer que los séres de la creacion son amigos que Dios me ha dado.

—Me dais valor para manifestaros lo que pasa en mi sér. Amo los objetos que veo todos los dias i que son mis compañeros de vida. Todas las tardes, ántes de encerrarme en la torre, vengo a este sitio a contemplar los hielos de Ruitorts; los sombríos bosques del monte San Bernardo i las elevadas cimas que dominan el valle del Rhin. Aunque el poder de Dios se manifiesta tanto en la creacion del mas pequeño de los insectos como en la del universo entero, me impone, sobre todo, el grandioso espectáculo de las montañas; no puedo mirar esas masas enormes cubiertas de hielos eternos sin experimentar un sentimiento religioso. Además, en este bello paisaje que contemplamos, tengo sitios favoritos que amo con preferencia; uno de ellos es la ermita que allá arriba se descubre en la parte mas elevada de la montaña de Chaversond. Aislada en medio de los bosques, recibe por las tardes los últimos rayos del sol poniente. Nunca he estado en ella i, sin embargo, siento infinito placer al contemplarla. Cuando por las tardes, sentado en medio de mi pequeño jardin, dirijo la vista hácia ella, la imaginacion me trasporta a esa ermita solitaria. Ha llegado a ser como una propiedad que me pertenece. Una confusa reminiscencia me hace creer que he vivido en ella, en tiempos mas felices, cuya memoria ya se ha borrado de mi corazon. Me deleito contemplando las lejanas montañas, cuyas cimas

se confunden con el cielo. Cuando el aislamiento hace nacer en mi espíritu el sentimiento de la esperanza, mi corazón abatido juzga que existe una tierra en la cual, andando el tiempo, podré gozar de esa dicha, porque suspiro, i que un instinto secreto me presenta a cada instante como posible.

—Teniendo una alma tan ardiente ¿os habrá costado mucho trabajo resignaros con vuestro destino i no entregaros a la desesperacion?

—Mentiria si dijese que siempre estoi resignado con mi suerte; no poseo ese grado de perfeccion a que han alcanzado algunos anacoretas. No se ha verificado en mí ese sacrificio completo de todas las afecciones humanas. Paso la vida en continuos combates i los poderosos auxilios de la religion no son muchas veces suficientes para reprimir los arrebatos de la imaginacion. Ella me arrastra frecuentemente, aunque a mi pesar, a un océano de quiméricos deseos. Cuando tal cosa sucede, me creo trasportado a ese mundo, del cual no tengo idea i cuya imájen seductora me atormenta sin cesar.

—Si pudiera conseguir que leyendo en mi corazón os dieseis cuenta exacta de la idea que tengo del mundo, os aseguro que vuestros deseos i pesares se desvanecerian como por encanto.

—Algo he vislumbrado, por medio de los libros, de la perversidad de los hombres i de las desgracias que le son inseparables; pero el corazón rehusa darles crédito. Me figuro sociedades de amigos sinceros i virtuosos, esposos que se aman i seres a los cuales la salud, la juventud i la fortuna colma de infinitos placeres. Los veo vagar por bosques mas verdes i apacibles que los que me brindan su sombra; me parece que el sol que los alumbraba tiene mas calor i es mas brillante que el que veo todos los dias, i su suerte la envidio tanto mas cuanto que la mia es cada dia mas miserable. Al comenzar la primavera i cuando el viento que viene del Piamonte, sopla en estos valles, me siento abrasado por su vivificante calor i me estremezco sin quererlo. Experimento un deseo inexplicable i un sentimiento confuso de esa felicidad inmensa que me ha sido rehusada i que podria disfrutar. En tales circunstancias, huyo de mi albergue i vagando por los campos respiro con mas libertad. Temo ser visto por esos hombres que tanto deseo encontrar, i escondido entre las malezas de la alta colina, como si fuera una bestia salvaje, tiendo la vista sobre la ciudad de Aosta. Diviso a lo léjos, con envidia, a sus felices moradores, que apénas me conocen; llorando les tiendo las manos i con dolor les pido mi porcion de felicidad. En mi delirio ¿lo confesaré? he estrechado con efusion, entre mis brazos, a los árboles de la selva, rogando a Dios que los anime i me dé en ellos un amigo. Ellos, sin embargo, permanecen silenciosos i el contacto de su fria corteza me hace temblar, porque descubro que no tienen nada de comun con mi corazón que palpita i que desea. Agobiado por la fatiga i cansado de la vida, vuelvo

a mi habitacion, en donde, el ofrecimiento que hago a Dios de todos los sufrimientos i la oracion, calma mi espíritu, volviéndole la acostumbrada tranquilidad.

—¡Desgraciado! ¡Sufres a un tiempo los males del alma i del cuerpo!

—¡No son los últimos los mas temibles!

—¿Os dejan un momento de reposo?

—Sí, ellos aumentan i disminuyen con el curso de la luna. Cuando está en creciente sufro mucho; en seguida mis dolores desaparecen, mi piel se seca, toma un color blanco i casi no siento dolor alguno; pero, todo podria soportarse si tales padecimientos no viniesen acompañados de crueles insomnios.

—¡Cómo! ¿el sueño tambien os abandona?

—¡Ah, señor! ¡los insomnios! ¡los insomnios! Nunca podreis imaginar cuan largas i tristes son las horas que pasa un desgraciado sin cerrar los ojos, pensando en la terrible situacion en que se encuentra i en un porvenir sin esperanza. Nó, nadie puede ni siquiera calcularlo. A medida que avanza la noche, mi inquietud aumenta, i cuando está para terminar mi agitacion no tiene límites. Mis pensamientos se confunden, siento algo dentro del pecho que solamente en aquellos momentos aciagos me turba. Ya me parece que una fuerza irresistible me arrastra a un abismo sin fondo; ya diviso cerca de mí manchas negras que, cruzándose con la velocidad del rayo i aumentándose, se trasforman en montañas que me oprimen con su peso. Tambien veo levantarse nubes a mi alrededor, las cuales creciendo i aproximándose a mí, amenazan tragarme. Cuando quiero levantarme, para desechar tan tristes ideas, me siento atado con invisibles ligaduras que me quitan las fuerzas. ¿Sin duda pensais que son sueños? creedlo, estoi bien despierto en tales ocasiones. A todas horas se presentan a mi vista los mismos objetos, con lo cual experimento sensaciones tan dolorosas que ellas solas sobrepujan a todos mis otros males.

—Talvez la fiebre sea la causa del delirio.

—¡Ah! ¡cuánto deseo que lo que decis sea verdad! Siempre he temido que esas visiones fuesen un síntoma de locura, i os confieso que semejante idea todavía me hace temblar. ¡Dios quiera que todo sea efecto de la fiebre!

—Llamais altamente mi atencion; nunca he imaginado la realidad de una situacion tan terrible. Creo, sin embargo, que vuestra vida seria mas llevadera cuando vivia esa hermana de que me habeis hablado.

—Solo Dios sabe cuánto he perdido con su muerte. Decidme, ¿no temeis estar tan cerca de mí? Sentaos en esa piedra, yo me colocaré al otro lado de la enramada i así podremos conversar sin mirarnos.

—¿Por qué? No consentiré que me dejeis solo; allegaos. (Di-

ciendo esto, el viajero hizo un movimiento para tomar las manos del *Leproso*, el cual las retiró al momento).

—¡Imprudente! ¡queriais tomar mi mano!

—Sí; la habria estrechado de todo corazon.

—Es la primera vez que se me acuerda semejante placer; nadie ha estrechado mi mano.

—Ademas de esa hermana de que me habeis hablado, ¿no habeis sido amado por alguno de vuestros semejantes?

—Felizmente para la humanidad, no tengo semejantes sobre la tierra.

—¡Me haceis temblar!

—Perdonadme, compasivo extranjero. A los desgraciados siempre les gusta hablar de sus dolencias.

—Hablad, hablad, hombre extraño. ¿Me habeis dicho que en otro tiempo vivia con vos una hermana que aliviaba vuestras penas?

—¡Ella era el único vínculo que me mantenía unido a los hombres! Quiso Dios romperlo i dejarme abandonado i solo. Su alma era digna del cielo, donde ahora se encuentra, i su ejemplo me da fuerzas para vencer el abatimiento que me agobia a todas horas desde su muerte. No vivíamos, por cierto, en esa intimidad deliciosa que debe unir a los seres desgraciados, i de la cual me he formado una halagüeña idea. La naturaleza de nuestra enfermedad nos privaba aun de ese consuelo. Orábamos juntos i tratábamos de no mirarnos, temiendo que la vista de nuestras miserias turbase las meditaciones; nuestras miradas se reunían únicamente en el cielo. Terminada la oracion, se retiraba ordinariamente a su habitacion o bajo los avellanos que crecen al extremo del jardin, viviendo, si así puede decirse, enteramente separados.

—¿Por qué os impusisteis una obligacion tan dura?

—Desde el dia en que mi hermana fué atacada de la enfermedad contagiosa de que ha sido víctima toda mi familia, i vino a morar en mi compañía, jamas nos vimos el rostro. Una sola vez me vió, fué el dia de su llegada a esta torre, i sufrió tanto que estuvo a punto de sucumbir. El temor de aflijirla i mas todavía el de aumentar sus penas, me obligó a adoptar ese nuevo jénero de vida. La lepra atacó al principio únicamente su pecho i yo tenia esperanzas de que recobrase la salud. Las cercas que veis allí, en gran parte destruidas, formaban en aquel tiempo una hermosa calle de árboles que dividia el jardin en dos partes i que yo cuidaba con esmero. A uno i otro lado de ella habia hecho caminos, por los cuales nos paseábamos i conversábamos, sin acercarnos uno a otro i sin podernos ver.

—Parece que el cielo trataba de amargar los únicos goces que os eran permitidos.

—Pero, no estaba solo; la presencia de mi hermana comunicaba la vida a este recinto. Gozaba mucho al oír el ruido de sus

pasos. Cuando al amanecer, venia yo bajo estos árboles a implorar la misericordia de Dios, se abria suavemente la ventana de la torre i su voz delicada se unia a la mia. En la tarde, cuando regaba el jardin, se paseaba en estos mismos sitios en que nos hallamos, i divisaba su sombra por entre los troncos de los árboles. Al retirarse, descubria en todas partes las huellas de sus pasos. No volveré a encontrar en su camino ni una flor deshojada, ni las ramas de los arbolitos que venian a tierra cuando ella pasaba. Estoi solo; se ha extinguido la vida i el movimiento que reinaban a mi alrededor. El sendero que le gustaba frecuentar ha desaparecido bajo la maleza. Teniéndome siempre presente, aun en sus momentos de pesar, trataba de procurarme algun placer. Muchas veces quedé admirado de encontrar en mi aposento ramos de flores i sazoados frutos que ella misma cojia. Nunca traté de hacer igual cosa, sino por el contrario, le rogaba con encarecimiento que no subiese a mi aposento. Mas, ¿quién puede poner término al cariño de una hermana? Un solo hecho os manifestará el mucho amor que me profesaba. Cierta noche en que me atormentaban espantosos dolores, me puse a pasear de un extremo a otro de mi habitacion. Mui tarde, percibí un ligero ruido, acerquéme al lugar en que se producía i puse atencion; juzgad de mi asombro; era mi hermana que a esas horas oraba por mí en el umbral de la puerta. Habiendo oido mis lamentos venia a ofrecermé sus cuidados. Recitaba en voz baja el *Miserere*. Me coloqué cerca de la puerta i, sin interrumpirla, seguí mentalmente sus palabras. Mis ojos se llenaron de lágrimas, ¿quién no se conmueve al recibir una prueba de tanta afeccion? Cuando juzgué que habia concluido su súplica, la dije en voz baja: “¡Adios, hermana, me siento mejor; retírate, que Dios te bendiga i recompense tu piedad!” Retiróse en silencio i su ruego debió ser escuchado, porque un sueño tranquilo cerró mis párpados.

—¡Cuán tristes debieron ser los dias que se siguieron a la muerte de una hermana tan querida!

--Por mucho tiempo estuve sumido en una especie de letargo que me impedia calcular lo cruel de mi situacion. Cuando desperté de él, i pude apreciar mi desventura, llegué a creer que me abandonaba la razon. Esa es la época mas triste de mi vida, ella me recuerda la mas grande de las desgracias i un crimen que estuve a punto de cometer.

—¡Un crimen! no os creo capaz de cometerlo.

—Cuando oigais la relacion de esa época de mi vida, voi a perder mucho en vuestra estimacion; pero no quiero parecer mejor de lo que soi. Estoi seguro que cuando sepais cual era ese crimen, me compadecereis. En uno de los muchos accesos de locura que me sobrevinieron, concebí la idea de suicidarme; pero el temor de Dios me hacia rechazarla. Un accidente insignificante i poco digno de llamar la atencion, estuvo a punto de perde-

me por toda una eternidad. Me afligia un nuevo pesar. Tenia un perro al que mi hermana habia profesado mucho cariño i que despues de su muerte habia llegado a ser un consuelo para mí. Solo podíamos atribuir a su fealdad la eleccion que habia hecho de nuestra compañía. Aunque rechazado de todas partes, era un tesoro para la casa de un leproso. Mi hermana le habia puesto el nombre de *Milagro*, en reconocimiento del favor que Dios nos habia hecho dándonos un amigo. Su nombre, que contrastaba con su buen humor i con su fealdad nos hacia olvidar nuestras dolencias. Apesar del mucho cuidado que tenia con él, logró escaparse varias veces, i nunca imaginé que ese acto pudiese tener malas consecuencias. Los habitantes de la ciudad se alarmaron, i creyendo que podia esparcir entre ellos el jérmen de mi enfermedad se quejaron al gobernador de la ciudad, el cual ordenó que mi perro fuese muerto inmediatamente. Se presentaron a mi puerta dos soldados i algunos hombres de la ciudad, para ejecutar la órden, los cuales, poniéndole una soga al cuello lo arrastraron sin compasion en mi misma presencia. Cuando lo tenian en la puerta no pude prescindir de mirarlo por última vez i recuerdo que de tiempo en tiempo volvía sus ojos hácia mí, como pidiéndome un socorro que no podia darle. Querian ahorcarlo en la calle, pero la multitud, que estaba impaciente con la tardanza de los soldados, lo mató a pedradas tan pronto como lo divisó. Desde la torre presencié su suplicio. Me temblaron de tal modo las rodillas que no pudiendo sostenerme en pié me arrojé al lecho en un estado imposible de describir. El dolor no me permitia ver otra cosa en esa órden justa pero severa, que una inútil i refinada crueldad. Aunque ahora me avergüenzo de los sentimientos que entónces me ajitaron, no puedo pensar en aquel suceso sin estremecerme. Pasé todo el dia mui ajitado. Era el último sér viviente que respiraba a mi lado, i su muerte habia vuelto a abrir las llagas de mi corazon.

Al ponerse el sol, vine a sentarme sobre esa misma piedra en que os hallais. Reflexionando estaba sobre aquel triste suceso, cuando divisé por entre los árboles a dos jóvenes que recién se habian desposado. Los ví atravesar la pradera i pasar mui cerca de mí. Marchaban tomados de los brazos i estaba retratado en sus facciones el delicioso bienestar que inspira una dicha segura. Detuviéronse de repente, la jóven reclinó su cabeza en el pecho de su esposo i él la estrechó con efusion entre sus brazos. Sentí entónces despedazarse mi corazon. ¿Lo confesaré? la envidia me atormentó por primera vez; jamas se habia presentado a mi espíritu una imájen mas perfecta de la felicidad. Seguílos con la vista hasta el fin de la pradera i cuando estaban para perderse entre los árboles, llegaron a mis oidos gritos de júbilo, dados por sus parientes, que iban a encontrarlos. Una multitud de ancianos, mujeres i niños los rodeó. Solamente percibia un confuso rumor de alegría i divisaba por entre los árboles los brillantes

colores de sus vestidos. El grupo parecía rodeado de una nube de felicidad. Ya no pude mirar mas; los tormentos del infierno despedazaron mi corazón i, medio loco, corrí a mi aposento. ¡Oh Dios! ¡Cuán desierto, sombrío i espantoso me pareció! “¿Es este, me dije, el lugar en que he de vivir siempre i en que he de aguardar el fin tardío de mis días? El Eterno, que colma de dicha a todos los seres que respiran, ¿solo será severo conmigo, dejándome sin amparo, sin amigos i sin compañeros? ¡Qué destino tan horrible!”

Abrumado con tan tristes reflexiones, llegué a pensar que Dios no es infinitamente misericordioso, i olvidándome de El, me olvidé de mí mismo. Continuaba diciendo: “¿Para qué he nacido? ¿Por qué la naturaleza es tan injusta i desapiadada conmigo? Semejante a un hijo desheredado, tengo ante los ojos el rico patrimonio de la especie humana i el cielo avaro me ha privado de mi porción. Nó, nó, me decía con rabia, muere infortunado, muere, no hai para tí un solo instante de felicidad. Bastante tiempo has mancillado la tierra con tu presencia, ¡ah! si al ménos pudiera tragarte i no dejar señal alguna de tu existencia!” Mi furor insensato aumentaba por grados i tuve entónces el fatal deseo de suicidarme. Tomé la resolución de incendiar mi morada i dejar que el fuego me consumiera juntamente con los objetos que podían dejar algun recuerdo de mí. Ajitado, furioso, salí al campo i vagué alrededor de mi morada, dando involuntarios jemidos, de los cuales me espantaba en el silencio de la noche. Entré a mi habitacion gritando: “¡Desgraciado de tí, leproso, desgraciado de tí!” I como si todo se hubiera tornado adverso en esos tristes momentos, oí el eco, que desde las ruinas del castillo de Bramafau, repetía con claridad: “¡Desgraciado de tí!” Sobrecojido de espanto me detuve en la puerta de la torre i el débil eco continuaba aun repitiendo: “¡Desgraciado de tí!”

Cojí una lámpara, i resuelto a ejecutar el fatal proyecto, bajé a una pieza del piso bajo de la torre, llevando algunos sarmientos i ramas secas. Era la misma pieza que habia habitado mi hermana i en la cual no habia estado despues de su muerte; su silla estaba todavía colocada en el sitio en que la habia dejado la última vez. Sentí un calofrío de temor al ver esparcidos por la pieza, el velo i algunos de sus vestidos i no pude ménos de recordar sus últimas palabras: “Al morir no te dejaré abandonado. Siempre estaré presente en tus momentos de angustia.” Puse la lámpara sobre la mesa, en la cual descubrí el cordon de la cruz, que siempre llevaba al cuello i que habia dejado entre las hojas de su biblia. A la vista de esos objetos, retrocedí lleno de santo temor. Presentóse, de repente, a mis ojos la profundidad del abismo en que iba a arrojarme. Acercándome al sagrado libro, dije: “Hé ahí el socorro que me prometió.” Al tomar la pequeña cruz, divisé junto a ella una carta que mi buena hermana habia escrito. Mis lágrimas, contenidas por el dolor, corrieron

en abundancia. Al punto se desvanecieron mis proyectos. Oprimí contra el corazón la preciosa carta i después de implorar la misericordia divina, leí en ella las siguientes palabras, que conservaré eternamente grabadas en lo íntimo de mi pecho: “Hermano, pronto voy a dejarte, pero desde el cielo, adonde voy, velaré por tí. Jamás te abandonaré. Pediré a Dios que te dé valor para soportar con resignación los trabajos de la vida i para que cuanto antes nos reunamos en un mundo mejor. Entónces te manifestaré mi cariño, ninguna cosa nos impedirá aproximarnos uno a otro i nadie podrá separarnos. Te dejó la pequeña cruz que he cargado durante toda mi vida i que siempre me ha consolado en las tristes horas del pesar. Siempre que la veas acuérdate de que mi último deseo fué de que vivieses i murieses como un buen cristiano.” ¡Carta inestimable! jamás me apartaré de tus instrucciones, i os llevaré conmigo hasta la tumba; tú me abrirás las puertas de ese cielo que mi crimen debía haberme cerrado para siempre. Una vez que la hube leído, me sentí desfallecer, agobiado, como estaba, por los sufrimientos que acababa de experimentar; ví formarse una nube ante mis ojos i perdí por algún tiempo el recuerdo de mis desgracias i el sentimiento de mi existencia. Cuando desperté de ese letargo la noche estaba muy avanzada. A medida que se aclaraban las ideas sentía una tranquilidad indefinible. Creía un sueño lo que me había sucedido. Lo primero que hice fué levantar los ojos al cielo, para dar gracias a Dios por haberme preservado de cometer el más grande de los crímenes. Nunca me pareció tan bello i sereno el firmamento. Una estrella brillaba delante de mi ventana, la contemplé con indecible placer i juzgué que Dios no me había abandonado, pues me concedía la dicha de mirarla. Experimenté un secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos estaba destinado para alumbrar el pobre albergue del *Leproso*.

La lectura del libro de Job i el santo entusiasmo de que se llenó mi alma, acabaron de disipar las negras ideas que me habían asediado. Durante la vida de mi hermana jamás había pasado momentos tan terribles, me bastaba saber que existía para estar tranquilo, i la conciencia que tenía de su mucho amor era suficiente para infundirme valor.

¡Compasivo extranjero! ¡Que Dios os preserve de vivir solo! Mi hermana, mi única compañera, ya no existe; pero el cielo me concederá las fuerzas necesarias para sufrir con resignación todos los trabajos; sí, lo espero, porque día a día se lo pido con todo el fervor de que es susceptible mi corazón.

—¿Qué edad tenía vuestra hermana cuando murió?

—Tenía solamente veinticinco años, pero los sufrimientos la hacían parecer de más edad de la que realmente tenía. La enfermedad que la consumió, había alterado notablemente sus facciones. Aun así habría sido hermosa si una espantosa palidez no

hubiera cubierto su rostro. Era la imájen viva de la muerte i nunca pude mirarla sin llorar.

—Bien jóven la perdisteis.

—De contextura débil i delicada no pudo resistir a tantos sufrimientos. Al principio, creí que su pérdida no era inevitable; pero estaba en un estado tan lastimoso que varias veces llegué a desear su muerte. Viéndola languidecer i consumirse dia a dia, observé con funesta alegría que se acercaba el término de sus trabajos. Su debilidad aumentaba considerablemente i frecuentes desmayos amenazaban a cada instante su vida. Una tarde (a principios de agosto) la ví tan abatida que no quise separarme de su lado. Pasaba los dias enteros sentada en una silla, porque ya no podia soportar el lecho. A su lado i en medio de una profunda oscuridad, tuvimos la última entrevista. Me ajitaban crueles presentimientos i las lágrimas se secaban en mis párpados. “¿Por qué lloras? me decia, ¿por qué te aflijes? No te abandonaré al morir, siempre estaré presente en tus angustias.”

Me pidió que la trasladase fuera de la torre para hacer oracion en el bosquecillo de avellanos, en donde solia pasar los dias de primavera. Me dijo: “Quiero morir mirando al cielo.” No creí, sin embargo, que estuviese tan próxima la última hora. Habiéndola tomado en brazos para levantarla, me dijo: “Sostenme únicamente, todavía tengo fuerzas para caminar.” Condújela lentamente hácia los avellanos, hice un cojinetete con las hojas secas que ella misma habia reunido en aquel lugar, i cubriéndola con un velo, para preservarla de la humedad de la noche, me senté a su lado; pero deseaba estar sola para meditar i tuve que alejarme algunos pasos sin perderla de vista. Desde mi retiro veia moverse su velo i sus blancas manos que se dirijian al cielo. Acerquéme al fin al bosquecillo de los avellanos. Me pidió agua i se la llevé en su misma copa; pero era tarde, no pudo beberla. “Voi a morir; me dijo, mui pronto mi sed se apagará para siempre. Hermano, sostenme; ayuda a tu hermana a dar ese paso tan deseado i tan terrible. Sostenme; pronuncia la oracion de los moribundos.” Esas fueron las últimas palabras que pronunciaron sus labios. Apoyé su cabeza sobre mi pecho i recité la oracion de los agonizantes. “Pasa a la eternidad, le dije, hermana querida, al fin te libraste de los sufrimientos; deja tus despojos entre mis brazos.” Murió dulcemente i su alma se deslizó sin esfuerzo de la tierra. Durante tres dias la sostuve entre mis brazos.

Al terminar el leproso su narracion, se cubrió el rostro con las manos; el dolor ahogaba la voz del viajero. Por fin, el leproso levantando la cabeza, dijo: “Extranjero, cuando el dolor i el abatimiento se apoderen de vuestro espíritu, pensad en el solitario de la ciudad de Aosta i de ese modo no le habreis hecho una visita inútil.”

Encamináronse en seguida a la puerta. El militar, poniéndose

un guante en la mano derecha, dijo al leproso: "Nunca habeis estrechado la mano de un hombre, apretad la de este amigo al cual interesa tanto vuestra suerte." El leproso retrocedió un paso i levantando los ojos i las manos al cielo, dijo: "¡Dios bondadoso! ¡colma de bendiciones a este hombre compasivo!"

"Hacedme entónces otra gracia, replicó el viajero. Voi a partir; mucho tiempo ha de trascurrir hasta el dia en que nos volvamos a ver, ¿no podríamos escribirnos? eso os haria olvidar por un instante vuestros males i a mí me daria infinito placer." El leproso, despues de reflexionar un momento, contestó: "¿Por qué os empeñais en que forme vanas ilusiones? No debo tener otra sociedad que yo mismo, ni otro amigo que Dios, cerca del cual nos reuniremos por toda una eternidad. Adios, jeneroso extranjero, sed feliz. . . . ¡Adios para siempre!" El viajero partió; el leproso cerró la puerta i corrió los cerrojos.

ANÍBAL SANFUENTES V.

TINIEBLAS DEL ALMA.

Oh mi amigo, tú no sabes
Mis recónditas congojas,
Yo soi un árbol sin hojas,
Yo soi un bosque sin aves;
Una fuente
Cuyo espejo trasparente
No reproduce riberas
De acacias, ni de palmeras,
Ni en sus bruñidos cristales
Finjen májicos cambiantes
Las estrellas titilantes
En las noches estivales.

Muerde mudo i con furor
El dolor el pecho mio,
No hai silencio mas sombrío
Que el silencio del dolor;
Mis cantares

Son ecos de hondos pesares:
Los lanzo al mundo con miedo
Pero guardarlos no puedo,
Que en esta lúgubre calma
Vienen a ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

Un sinsabor, un afán
Perpétuos, gozar me vedan,
Mis desengaños se quedan,
Mis ilusiones se van.

Los abriles
De mis años juveniles
El tiempo con mano fría
Los convierte en noche umbría;
Ya mi vigor se deshace,
Nieve al cabello se adhiere,
Pues cada ilusión que muere
Es una cana que nace.

¡Cómo enferma una existencia
Si rujen las tempestades
Allá en las profundidades
Oscuras de la conciencia!

Si el pasado
De mil recuerdos cargados,
Cual lúgubre peregrino
Las echa en nuestro camino,
Entónce el remordimiento
Nos lastima tanto, tanto
Que se deshacen en llanto
Las fibras del sentimiento.

¡Qué triste es a los que aman
Ver desde extraños hogares
Las sombras crepusculares
Que los recuerdos derraman!

I a lo léjos,
A los últimos reflejos,
Vagos, lánguidos, flotantes,
De dichas agonizantes
Mirar ancianos que imploran,
Vírjenes que himnos levantan
I junto a niños que cantan
Tiernas esposas que lloran!

Ensueños de oro i de espumas

De mi regalado oriente
Venid, rasgad de mi frente
Estas nieblas, estas brumas.

¡Juventud!

¡Con que rauda prontitud
De mi horizonte te vas
Para no volver jamas!
I al irte en rápidos jiros
¡Ai! ni siquiera me dejas
La música de las quejas,
El canto de los suspiros!

Un delirio, una ilusion
Fué mi amigo ¿i no te asombras?
La primer mancha de sombras
Que cayó en mi corazon.

Las mujeres,

Esos misteriosos séres
Hacen la vida querida;
Pará amargarnos la vida,
I de lo bello a traves,
Con halagos seductores
Llenan el alma de flores
I las marchitan despues.

Sus inocentes engaños
Me robaron mis creencias
I aquellas alborescencias
De aquellos primeros años.

Mas no lloro

Ese perdido tesoro,
Porque en sus labios ardientes
Bebí el amor a torrentes
I amor todo lo creó;
De amor al soplo fecundo
De las tinieblas el mundo
Derramando luz brotó.

Con su aliento soberano
Renegará el sér mezquino
I lo humano hace divino
I lo divino hace humano.

Por do pasa

Purifica, eleva, abrasa
I do palpita o se mueve
La vida en el amor bebe,
¡Amor! principio eternal,
Fuerza, sombra, melodía,

Luz, calórico, armonía
Del concierto universal!

I yo amé; fecundo el riego
Bebió el alma estremecida
De ese elixir de la vida
En una copa de fuego.

¡Qué hechicera
Es esa ilusion primera
De una amorosa mirada
Allá en la noche callada!
I que dulces emociones
Sentimos si en dulce exceso
El sacramento de un beso
Desposa dos corazones.

Ella era lirio de rio,
Blanca i pura cual ninguna,
Hecha de rayos de luna
I de gotas de rocío:

Su mirar
Era el suave luminar
De una estrella cuando asoma
Medio oculta en verde loma:
Ella en su rostro reunia,
Como en espléndida corte,
A la belleza del norte
La gracia del mediodía.

Yo soi un pobre viajero
Oscurecido i sombrío
Que hasta en aquel pueblo mio
Era casi un extranjero.

Yo batallo
Buscando lo que no hallo,
I amo i pienso i me consumo
Tras un fantasma de humo,
¡I como el artista siente
Existir así olvidado
I morir desesperado
Sin un laurel en la frente!

¿Qué es del poeta el canto
Si está muerto el corazon?
Terrible conjelacion
De dolor, quejas i llanto.

Cada gota
De sentimiento que brota

De mi lira adolorida,
Es una flor de la vida,
Es un lúgubre rumor,
Gritos que el alma me hieren,
Esperanzas que se mueren
Nadando en alas de amor,

Ya la fé en mi sér no arde,
Ni en mi lira finje ufana
Los himnos de la mañana,
Los murmurios de la tarde.

A los días

De mis dulces alegrías
El tiempo cruel les ha echado
El sudario del pasado,
Por eso en tan triste calma
Vienen a ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

J. JOAQUIN PALMA.

APOLOGOS.

LA PLUMA.

Un niño, en una tarde serena de primavera, habiendo recojido una pluma la echó a volar, i como era pequeñita el viento la llevó suavemente hácia arriba.

Una golondrina se dirijó a ella, i cojiéndola presurosa, la condujo tambien presurosa a su nido. La plumita fué despues parte del abrigo de los hijuelos de esta avecita.

¡Cuántas veces guardamos cosas que siéndonos inútiles, son, si nos desprendemos de ellas, alivio para las privaciones del pobre!

EL MIMBRE.

A la orilla de un canal crecía una mata de mimbre. De sus varillas, una no tan recta como las demas, fué acariciada por

la corriente, i así que se desarrollaba iba sumerjiéndose en el agua hasta que, en parte, quedó sepultada en el lodo del fondo.

Mas tarde, al cortarse las otras varillas para formar de ellas hermosas cestas, ésta última fué desechada por inservible.

Tal acontece al hombre que se deja arrastrar por la corriente de las pasiones: ella lo precipita irresistiblemente al fango en que se degrada i envilece.

EL PICAFLOR CAUTIVO.

A una habitacion lujosa penetró equivocadamente un picaflor, despues de haber recorrido los jardines deliciosos que se estendian al frente de ella.

Allí la avecita, prisionera entre dorados i tapices, entre ricos cortinajes i relucientes espejos, conturbada se ajitaba, desesperada revoloteaba en mundo tan desconocido. Nada de esto apetecia, i nada mas despreciable que esto para ella. Solo ansiaba la puerta, la puerta que le diese salida al vasto campo que no ponía límites a su raudo vuelo, a los prados i verjeles que millares i millares de flores le ofrecian para su sustento.

La felicidad solo pretenden encontrarla algunos en medio del fausto i del esplendor: ¡cuán esclavizado se encuentra en medio de ellos quien es libre i dichoso, porque la ambicion no lo ha doblegado bajo su peso abrumador!

EL POSTE.

No me es conocido el fin con que en el patio de una casa de campo se colocó un poste. Solo sé que despues de estar ahí creció al pié de él una enredadera silvestre.

Pasó algun tiempo, i el poste fué el apoyo, el único sosten de la enredadera.

Mas, habiendo la humedad del suelo corroido la parte del madero que estaba enterrada, cayó este al fin de improviso i con él la enredadera que tan estrechamente abrazado lo tenia.

Hai hombres que se elevan mediante el apoyo que otros les prestan; pero el dia que éstos descenden a la huesa, descenden tambien aquéllos al nivel de donde fueron levantados!

EL ÁRBOL AÑOSO.

En el centro de un huerto habia un árbol tan corpulento como antiguo. Los otros árboles eran nuevos i se hallaban cargados de frutos cuando este patriarca sucumbió bajo la accion del tiempo.

Una vez seco, el hortelano trozó sus ganchos i los puso de pun-

tales a las otras plantas ya agobiadas por el peso de sus copiosos frutos.

El hortelano, que era hombre discreto, pudo exclamar al practicar esta operacion: ¡Feliz el que muera dejando obras que sean el apoyo i sosten de la jeneracion que le suceda!

EL GORRION I LA HORMIGA.

Cerca de una elevadísima palma, un gorrion recojia las semillas de las yerbecillas que por allí habian crecido. Habiendo dividido entre ellas a una hormiga que lentamente caminaba,

—¡Miserable insecto, exclamó; vives por aquí perdido mientras que yo me elevo por los aires i tengo mi morada en esa alta palma desde donde nadie puede percibirte!

Un profundo silencio guardó la hormiga i dirijiendo su marcha hácia el tronco de la palma, logró al cabo de un rato ponerse a la vista del gorrion en el cogollo del empinado árbol.

El gorrion, silencioso, oyó entónces decir a su vez al laborioso insecto:

—Cualidades particulares permiten a algunos elevarse fácilmente a las alturas; mas los pequeños pueden llegar a ellas meritoriamente, asistiéndolos la constancia en el trabajo.

EL SAUCE I EL CIPRÉS.

En cierto lugar, un sauce, con sú doblado ramaje formaba un hermoso pabellon, albergue delicioso en los ardientes dias del estío. Las aguas de un arroyo, siguiendo su curso, se extendian mansamente bajo la sombra, dándole así mas frescura i atractivos.

A corta distancia de este punto, se destacaba un ciprés que descollaba sobre cuantos árboles por allí habia.

—Arbol siniestro, le decia un dia el sauce; ¿por qué no fuiste a poblar uno de los lugares fúnebres en que tan conocida es tu familia? ¡I vives delante de mí que jeneroso mantengo extendidos mis brazos en proteccion del viajero i de la dulce alegría de tantos!

—Recuerda, le replicaba adustamente el ciprés, recuerda, árbol vano, que los miembros de tu prosapia dan mas sombra a las tumbas que los de la mia. ¿No sabes que sobre ellas tantas veces las ramas del sauce buscan fraternal apoyo en las del ciprés i a ámbos los rodean yerbas i arbustos como los que aquí nacen?

Sin acordarse talvez de la mansion de descanso comun i halagados por las lisonjas mundanas hai hombres que promueven enojosos altercados motejando la descendencia de otros por enaltecer la propia; a ellos les seria provechoso guardar aquella réplica en la memoria.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

UNA INDICACION.

En los actuales momentos en que todos los corazones palpitan animados por el fuego del patriotismo, i todos los brazos trabajan por colocar sobre el altar de la victoria una idea que haya de dar a Chile dias venturosos; podria parecer extraño que una voz se alzara, llamando hácia otro punto la atencion, i pidiendo esfuerzos i ayuda para otra gran obra de amor patriótico i de justicia, que si bien es ménos urgente al parecer, es fecundísima en útiles i gloriosos resultados. Pero, si se considera cuán estrecha union puede existir entre la realizacion de esa idea i el porvenir de nuestra patria, toda extrañeza desaparecerá de todo ánimo sereno. Ademas, siempre es tiempo de hacer el bien.

Cuando, hace pocos dias aun, recorriamos las salas de la Exposicion, nos sentiamos orgullosos i complacidos viendo los precoces, abundantes i preciosos frutos producidos por nuestras artes apénas nacientes; en especial, las hermosísimas telas en que nuestros jóvenes pintores hicieron gala de ingenio atrevido i lozano, de minucioso conocimiento de los recursos del arte i de segura i franca desenvoltura en el desarrollo de sus variados argumentos.

Ya de ántes, sabiamos que habia en los hijos de los Andes, corazones de fuego i mentes soñadoras, artistas, en fin; ya habiamos oido de boca de un respetable juez, el gran Blanes, un juicio harto alhagüeno para nuestro orgullo de chilenos i harto alentador para los jóvenes que marchan en nuestra patria por la hermosa i áspera senda de la gloria; pero cuando contemplamos por nuestros ojos la valiente i severa concepcion de Guzman; la brillante i rica imaginacion de Carmona; los bellísimos paisajes de Jarpa, tan verdaderos, tan diáfanos, tan serenos, que parecia que convidaban al reposo i la meditacion; las variadas obras de Caro, ya dignamente conocidas i estimadas de todos; esa hermosísima cordillera que tantas veces hemos contemplado silenciosos en las tardes de primavera, que A. Smith copió con la maestría i galanura de su notable pincel; i esa escena de apasionado amor tan soberviamente pintada por Lira; todos los bellos cuadros de Tapia, Ortega, Campos i tantos otros, despues de una impresion de orgullo i complacencia tan natural como lejítima, un triste pensamiento ocupó nuestra mente i sentimos en nuestro rostro algo como el calor de la vergüenza.

Admiramos el arte, queremos que haya artistas, i el arte nos sonrie i los artistas nos fascinan con las producciones de su injenio. Pero ¿es eso bastante? El pintor que ha gastado los mejores años de su vida en largo i penoso aprendizaje; que alberga ya en su pecho ese anhelo del alma que los corazones vulgares no comprenden; que sueña brillantes i sublimes concepciones; que siente poder bastante en su mano para darles color, movimiento i vida; que entrevé en lontananza la deslumbradora aureola de la gloria, ¿es hombre tambien! i al ver la miseria con todos sus rigores, como única esperanza para lo futuro, i el silencio i el olvido, para su alma expansiva i ansiosa de gloria i aplauso, no puede ménos que sentir todas las amarguras del desaliento, i no podremos culparlo, si priva a la patria de un rayo de luz de gloria que habria de traspasar las sombras de las edades venideras. Hé aquí nuestro pensamiento, hé aquí la causa de esa vergüenza que sentimos sobre nuestra frente: ese pensamiento era un reproche justísimo; esa vergüenza era la voz de nuestra conciencia de chilenos.

Cuando así pensábamos, se despertó naturalmente en nuestra alma el vehemente deseo de reparar la falta en que incurriamos; i al escribir las presentes líneas, solo eso buscamos, solo eso queremos. No hacemos mas que iniciar una idea, i nuestro propósito se reduce, ya que mas no podemos, a prestarle las alas de la prensa para que vaya a buscar quien mas dignamente la patrocine i le dé la forma i la vida que necesita. ¡Dichosos nosotros si tal consiguiéramos!

Quizá mas de un severo economista, frunce ya el entrecejo, creyendo que vamos a pedir al gobierno que forme una galería de pinturas, esculturas, etc., ofrezca premios o dé pensiones a los artistas, como algunos lo desean i como sucede en otras naciones mas adelantadas; pero nuestra peticion seria mas fácil de otorgar: nosotros querriamos que los pocos jenerosos protectores del arte que, para honra nuestra, existen en Chile, unidos a los hombres de buena voluntad que quisieran cooperar a esta empresa tan útil i gloriosa para la patria, dirijieran sus esfuerzos a formar una galería de artes, para lo cual se traerian algunos buenos cuadros que pudieran servir de modelo a nuestros jóvenes estudiantes, se comprarian los de algun mérito de nuestros pintores, se ofrecerian premios i se abririan certámenes que dieran el aliciente que les falta a nuestros artistas para entregarse a largos i costosos trabajos.

Así se despertaria el gusto por las artes, señal segura de la cultura de un pueblo; se ofreceria al artista un lugar en que recibir aplauso i aliento i una prenda que le asegurase una vida holgada, a lo ménos para los años de la ancianidad; se daria a los jóvenes que sintieran en su alma amor a la belleza i que carecieran de medios para satisfacer sus ansias, lecciones i modelos que les llevaran al logro de sus deseos, i fomentando, en fin,

las artes i ayudando a los artistas a proseguir en sus tareas, se acercaria el brillante porvenir que Chile debe esperar de ellas.

En otros paises, las enormes capitales reunidas en una sola mano, i los derechos que las leyes conceden a los hijos mayores de heredar toda la fortuna de sus padres o su mayor parte a lo ménos, permiten que los particulares posean grandes i valiosas galerías que en vez de disgregarse con el trascurso de los tiempos, se van aumentando i enriqueciendo indefinidamente. En Chile, al contrario: escasísimo es el número de los que podrian darse este noble i costoso placer; i mas escaso aun él de los que, llenos de entusiasmo por el arte, sin reparar en los sacrificios que impone, saben remunerar debidamente a los artistas i gozar con sus producciones. I, todavía, estas raras i excepcionales colecciones están condenadas a dividirse i desaparecer tan pronto como les falte la mano solícita e intelijente que las han creado.

Por el medio que proponemos podrian quedar en Chile obras, que veremos alejarse de nuestras playas con pena i con vergüenza. Así, el bellisísimo cuadro *Ultimos momentos del jeneral Carrera* tan patético, como interesante para todo corazon chileno, seria una joya de nuestra patria i nó un reproche perpétuo por nuestra falta de amor al arte; así, el David i el Sócrates de Magni no irian a decir a Europa que en Chile no se les habia comprendido i que en este suelo en que todo lo bello i lo grande encuentran corazones ardientes i apasionados, habian sentido en torno suyo el hielo de la soledad i del desprecio; así, podriamos enorgullecernos con las innumerables bellezas que la sala de artes de la Exposicion ostentaba, i los jóvenes pintores podrian estudiar esos modelos sin el permiso de los Mecénas i sin las vergüenzas del favor recibido. Hagamos, siquiera con esto, que nuestra Exposicion Internacional no sea del todo infructuosa, que quede de ella un monumento grande i hermoso i nazca para conmemorarla, la Academia de Artes, como la Sociedad Nacional de Agricultura conmemora la Exposicion de 1869. Hagamos al ménos por los progresos del espíritu, una mínima parte de lo que se hizo por los adelantamientos materiales.

Si el hermoso palacio de la Exposicion hubiera de albergar al Museo de Artes, podriamos decir señalándolo satisfechos al viajero: "Hé ahí cómo Chile conmemora sus grandes hechos con monumentos mas valiosos i duraderos que el bronce i el mármol; he ahí los frutos que sabe sacar de esas fastuosas ostentaciones de la vanidad de los pueblos.

Inútil creemos hablar, tanto mas en este somero i mal perjeñado artículo, de la necesidad que tienen las naciones de comprender i dar favor al arte, a esa luz divina que eleva i sensibiliza los pueblos; a ese tribuno de las almas que, dando colores, movimiento i vida a toda idea grande, a todo pensamiento noble, arrastra a las inconscientes multitudes en pos de bienes que no alcanzan a vislumbrar siquiera; a esa voz que traspasará los si-

glos para contar a las jeneraciones venideras las glorias de la patria, su abnegacion i sus sacrificios: porque un pueblo sin artes es como un hombre privado de la palabra; puede ser grande, puede realizar prodijios; pero esos prodijios, esas ideas, esos sentimientos condenados a permanecer encerrados dentro de su propio pecho, quedarán sin frutos i morirán inútiles con el mismo que les dió vida.

Si nuestra voz fuera escuchada por un solo corazon entusiasta, todas nuestras aspiraciones quedarian satisfechas.

RAIMUNDO LARRAIN C.

A QUIEN LEYERE.

Hace veintitres años que tengo la misma casa, i durante tan largo inquilinato apénas he habitado la parte principal.

Al principio el ruido de los carruajes hizo que me retrajera al interior; i despues, i ahora i para siempre, recuerdos movidos por objetos materiales que allí están colgados, i sobre todo, sombras que animadas al calor de mi alma por aquellos ámbitos históricos i huecos desocupados asoman, me asaltan, me hablan i me hieren dolorosísimamente, me han ahuyentado, i vivo en un cuarto estrecho que da vista a un jardin i al melancólico tejado de la iglesia parroquial.

El jardin está inculto, apénas nadie le frecuenta, padecen sed sus plantas en estío, i hácia el crepúsculo de la tarde, solo alguna paloma perdida suele posarse en las mohosas tejas del templo, cuyos anchos lienzos i elevada cúpula limitan demasiado el horizonte; pero en cambio a mi breve estancia no alcanza el eco bullicioso de las calles i entra el sol desde que nace.

Una hija mia, movida de su cariño, cuida mi vivienda para que no parezca tan humilde, i cuando ménos pienso, me encuentro que mandó bruñir los muebles i que colocó un grande espejo, en que no me miro, si bien me gozo en verle.

De los veintitres años, los primeros diez o doce, el tañido de las campanas llegaba a mis oidos desde racional distancia. Llamaban éstas a la oracion desde la alta torre, i así se dirijian a todos los fieles con igualdad cristiana.

Sucedió mas tarde, que un piadoso sacerdote de mi parroquia

adoleciera de muerte i legó en testamento cierta suma, con el preciso encargo de que con ella se construyera para su amada iglesia una campana de marcadas dimensiones.

Murió el cura, se incautaron los testamentarios del dinero i se hizo la campana que yo conozco ni mas ni ménos que si me la hubieran fundido en los sesos i modelado en el cráneo.

En verdad que es robusta, lisa, redonda, hermosa como la mas escojida barragana de las vedadas por el Concilio de Trento; pero sobre todo es sonora a no poderse confundir con otra.

Cuentan que el párroco de la iglesia i su teniente, juntos con los clérigos subalternos, con el impar sacristan i con todos los monaguillos, al verla recién fundida i al contemplarla tan ancha i reposada sobre el suelo, exclamaron unánimes:

—¡Soberbia pieza!

I añadió uno de ellos:

—¡Lástima que no pueda verla el cura muerto!

Dicen que dijo otro:

—Habremos de bautizarla con su nombre.

Aseguran que se rieron muchos de la advertencia tardía, i que el sacristan, numerando por lo récio *una, dos, tres*, se sacudia uno tras otro con la derecha mano los dedos de la zurda, como si fueran badajos, i que en todo lo demas callaba.

Afirman que contaba por los dedos, en efecto, a dedo por campana, por serle conocido el caso canónico de estas meófitas, que no se bautizan hasta despues que están colgadas en su supremo asiento, lo de supremo está apropiado, pero lo de asiento, en puntos a campanas, va mal dicho.

Las campanas no se sientan nunca. Nacen boca abajo, i así conforme salen a la luz del mundo, las cuelgan a sol i a sereno en lo mas alto de la casa de Dios i colgadas las bautizan i las dejan para siempre sin otra defensa que la lengua, mas que se rajen a lamentos. Con esto sucede que, por ejemplo, la campana Tomasa se queja, i dicen los intérpretes que saluda al alba; que la campana Ruperta llora, i dicen que canta la oracion del *ánge-lus*; que la campana Rufina rabia, i dicen que repica; i que todas a un tiempo, Marta, Ruperta, Rufina i sus compañeras mártires se quejan, lloran, rabian i se desgañitan a grito pelado, miéntras siguen diciendo los intérpretes que tocan a gloria.

El monaguillo se goza en desesperarlas; i sin embargo el sacristan las quiere bien, aunque no las socorra en sus tribulaciones.

Relata refero.

Seguia este sacristan de mi parroquia echando sus cuentas con los dedos; i al fin levantó el brazo desde el codo a la mano, apiñó los cinco, i dijo: “Señores, este es el campanario, estos son los espacios: dos campanas no se avienen juntas; i así, vean Uds. donde ponen la que sobra.”

De aquí provino la medida de colocar la campana, tocaya del testador, fuera de torre, a unos cuarentas metros de mis orejas.

Si estoi en pié, se me ofrece a los ojos en línea levemente oblícua; i la veo al desnudo en sus menores detalles, montada al aire con gracia plateresca.

Nada le estorba, nada le rodea; no la ciñe nada bastante a sofocar la total trascendencia de sus sonoros ecos, que rompen libérrinos por la acústica bóveda del cielo i siguen vibrantes ajitando el éter, hasta estrellarse en la pared de enfrente, que es la mia.

He dicho (i va de tres) mis orejas, mis ojos i mi pared, ni mas ni ménos que si yo fuese un vecino sin vecinos o como si fuera yo el único vecino de la campana de en frente, siendo que somos a lo ménos treinta, jente toda honradísima, cómoda, acomodada i sedentaria.

Alguna vez me ha acudido voluntad de preguntar a mis vecinos si les pasa lo que a mí con nuestra comun campana; i ya que no lo he hecho por pereza, aquí lo voi a conseguir.

Sucédeme que al principio me irritaba, que luego mas tarde i un dia tras otro, me fué dejando sordo, i que ahora le profeso un especial cariño.

Por dos veces la autoridad ha borrado el nombre con que la ruda mano del pueblo habia confirmado mi calle; ese nombre era el mio. . . . alabada sea la autoridad que no me ha quitado la campana.

Ella es la relijiosa solitaria que me llama, la mística compañera que penetra mi espíritu i le guia; la amiga en la caridad que halaga mis dos únicas esperanzas que se cumplen. . . . dormir i despertar!

Así, cuando al apagarse el resplandor de cada un dia abato la frente, i mi ser moral va a perderse en el espacio sin términos por donde huyó a luz, allá hácia la vaga inmensidad que no presenta objetos; ella, mi relijiosa solitaria, me llama a la vida mortal con su lento tañido, i yo traduzco esos ecos de misericordia que me dicen: "Te aguarda el sueño." Ciérranse por grados los horizontes i la solitaria enmudece brindándome la quietud en el silencio.

Descanso tarde i me despierto pronto; que dormir i despertar en tiempo breve son dos esperanzas cumplidas i condensadas por las fuerzas contrarias del cansancio i del pesar. Mas ella en tanto suspensa entre las sombras, espía los asomos de la aurora; i a la manera que la alondra de los campos, cerniéndose en el crepúsculo, despierta a los rústicos sencillos con su salve de inmensa poesía ¡ella! mi amiga en la caridad, acude a mi desvelo i me advierte que ha comenzado el tímido esplendor que anuncia el santo nacimiento del nuevo sol. . . . ¡Abrese el dia i se dilata el mundo! . . .

Los términos son el objetivo del alma. Ante la vista, el espí-

ritu sumerjido resurje del caos de la concentracion i se difunde como si fuera desleido en la riente claridad que conduce la vida a lo exterior. ¡Santa luz matinal! Dios es el Dios de todos i la manda en raudales a la tierra.

No son todos los que se tienen por afortunados los primeros que la gozan en su cuna de amor universal; i acaso no la aman porque siempre durmieron olvidados.

No amar lo mas bello, seria desgracia de los muchos que se creen afortunados en sus deseos; pero el no amar lo desconocido es solamente la insipidez que con frecuencia los atédia.

En las ciudades no vale fiar el término del sueño al canto de la alondra. Hai que encomendarse a la campana o a los gorriones.

Los gorriones urbanos despiertan despues que yo; pero a punta de alborada i al son de mi campana, nos levantamos juntos.

Estos animalejos, en quienes ha ido poniendo Dios algo tras algo de mona, un tanto mas de rata i un mucho de pájaro, en cuanto asoman de su escondrijo, vuelan i vienen a pararse a mi balcon. Puestos allí, escudriñan con sus ojillos listos i recorren con carrerillas busconas; lo primero, curiosos i atentos al *por si acaso*, luego, ya confiados, pónense en busca del *con qué*, i así, entre mona i rata, entre miedo i hambre, cantan como casi pájaros *chao-chao gri-gri*, con notas destacadas sin pizca de armonía.

Sabido es que las especies se modifican por la higiene; i de aquí el que nadie sepa lo que seria el gorrion que, siendo anterior a las bohardillas, era compañero de los trogloditas, mas yo que me he encontrado a los gorriones tal i como son ahora, les doi de almorzar migas de pan con chocolate, i ellos ¡los inocentes! paréceme que me lo van agradeciendo miéntras los mascan de mollete i lo chupan de Caracas a las mil maravillas.... Aunque luego advierto, que en cuanto comen me abandonan a fuer de seres civilizados; i cátenmen Uds. a solas conmigo mismo.

Para no estar solo no hai mejor medio que cerrar los ojos i ponerse a pensar. En esta situacion los ojos miran hácia dentro, el hombre se registra i conoce que tiene todo un mundo en su interior.

Yo de mi cuenta creo que el hombre es un titirimundi que se asoma a sí propio por la lente del alma, i que no hai mas mundo que aquel que ve cada uno por sí solo dentro de sí mismo.

En el mundo externo todo son fantasmagorías. mascaradas, mojigangas, astucias sùtiles i ficciones visibles salidas del injenio ajeno.

Sea de esto lo que fuere, ello es que yo pienso con los ojos cerrados; i quiero contar el cómo cierta mañanita, en cuanto me abandonaron los gorriones, me senté frente al espejo, cerré los ojos i me solté a pensar.

Ví los años natales desde el primero que me arrulló en la cuna, hasta el presente que me lleva por los cabellos.

Eran los que ví los efectivos años, pues aquellos que llaman

bisiestos, siderales, anomalísticos, trópicos, astrales, civiles, usuales i lunares, no son los años que pasando pesan en la vida individual, sino meras convenciones i nombres tras nombres con que la historia universal, las ciencias de observacion i las relijiones clasifican los trozos de la *ténia* del tiempo en el espacio. Son denominaciones convenidas a que no responden los astros en su curso imperturbable, i que a mí por el efecto me suenan a nombre puesto en perro sordo.

Lo que ví fué la edad: fueron los años natales en esa su incesante metamórfosis para allegarme a la muerte.

Eran los primeros, pequeñas i humildes crisálidas que sin pe-
recer se trasformaban en ninfas; i de éstas se desenvolvian lije-
ras mariposas que ensanchando las alas rompieron con esfuerzo
las celdas de su infancia i volaban lanzadas por praderas prima-
verales sobre flores luxuriantes, hasta fatigarse i parar en el ár-
bol prócer de aquella ancha floresta. ¡Oh brevedad sin término!
¡abreviacion de tránsitos por tránsitos! El árbol lozano circunda-
do de lujosos horizontes, era la edad mia henchida de esperanza.

Los años voladores, una vez reposados se fueron despojando
de hermosura; perdian el esmalte de sus alas, cayéronles las alas,
i quedaron en gusanos roedores del árbol eminente que se iba
encorvando poco a poco. Los horizontes se estrecharon, marchi-
táronse las flores, i fué mi existencia palmera salitaria, que de-
clina roida de gusanos.

Díjeme:

Nuestra vida tiene rasgos materiales, marcha trazada con se-
guros contornos desde que toma oríjen i va por la adolescencia a
la juventud, a la vejez sedentaria i a la muerte.... De aquí el
que se acepten por sinónimas las palabras *historia* i *vida*.... El
alma invisible es el artista que, dando norma a la vida, la guia i
la ilumina con luces de alegría indefinible i sombras de tristeza
misteriosa.... Mas la historia de las alegrías i de las penas de
otro, son las que nadie alcanzará a contar; i por eso aunque la
vida tiene contornos gráficos, las historias de los hombres son
mentira....

No nos es dado sondar en lo íntimo de la vida ajena, i la re-
ferimos; al paso que nunca alcanzamos un perfecto conocimiento
de nuestro sér exterior i presumimos....

En este instante de mi razonamiento secreto, oí una voz de
confesion injénua; voz de conciencia al parecer soltada sin testi-
gos, que decia: *Somos hipócritas, somos embusteros.*

¿I quién me acusa en mi soledad sin ser llamado? pregunté; i
ví el aspecto de otro hombre como yo desprevenido.

Con el vago recuerdo que nos dejan las figuras que vimos des-
lizarse por los panoramas, me pareció haberle visto en otras oca-
siones, i convine en que acaso fuese algun conocido, de los recí-
procamente olvidados sin prévio acuerdo; o un amigo de esos
que en las varias corrientes del mundo toman distinto rumbo i al

cabo de los años vuelven tan fresco al punto de partida, con la memoria verde i los cabellos blancos.

La sinceridad empleada en el trato social, es virtud desconocida, de suerte que peca en defecto mas o ménos grave hasta caer en imprudencia temeraria. No sé si la voi a cometer en daño mio, pero faltara yo a la sinceridad en causa propia, si no declarase que mi desden se confunde con mi tolerancia, de tal manera, que ni yo mismo puedo a veces definir dónde empieza el uno i donde termina la otra.

Dejé pues que estuviera, al que se habia entrado por mi casa, como dicen de Pedro por la suya; i miéntras él por su parte se mantuvo mirándome con cierta sonrisilla mundana, que maldito si no tocaba en sutilísimo desden. Lo tenia a tres pasos, veíale de frente; i hablar con tino de sus facciones no podria. Talvez me fuera mas seguro el conocer i diseñar su sombra.

Mi aparecido i yo, sea que nos halláramos influido de mútuo tedio, o sea porque son los bostezos contagiosos, bostezamos a la par; i allá al cabo de rato i cual si no hablara conmigo, dijo el hombre:

—Me levanto de la cama mas cansado que me acuesto, i me reclino en la butaca a fatigarme.

En cuanto hubo hablado, me interesé en que dijera mas, pues que sus palabras con pena murmuradas, hallaron vivo eco en mi naturaleza enferma; i él siguió en efecto, trayéndome a diálogo por la siguiente interrogacion:

—Si tú, yendo calle arriba, te vieses venir a tí por la misma calle abajo, ¿tú, te saludarias a tí?

Me quedé pensando.

—¡Hombre que tienes los ojos en la cara! me dijo. ¡Tú que solo has visto de tí tu mala copia! ¡Tú que no has podido ver nunca tu cara orijinal, porque llevas los ojos en la cara desde que naces i miéntras vives; cuando vas i vienes, cuando con el alma piensas, con el cuerpo sientes i con el jesto expresas, ¿intentas conocerte a tí mismo?

Aquí por toda respuesta me miré a las pantorrillas, i como me parecieran idénticas a las de mi interlocutor, dije para mis adentros: “En verdad que no me conoceria.”

—Aun para identificar tu persona ante tu propio juicio, ¿acudes a examinarte por junto una faccion muda? Pues ahí lo tienes (dijo el incógnito), somos hipócritas, somos embusteros. Aseguramos conocer nuestras facciones i mentimos; negamos conocernos el fondo de nuestra moral, el alcance de nuestra intelijencia, el orden de nuestros defectos, la índole de nuestros vicios; i finjimos virtud o modestia, jenerosidad o franqueza. ¡Embusteros! No hai quien en su capacidad intelectual i moral, no sea en conciencia un convicto inconfeso.

“Registra con tu alma tus virtudes, i las verás en el primer término de tu historia, ostentándose lujosas como ramerías, en tan-

to que al asomo de ellas van los vicios, siguiéndolas vestidos de fraile capuchino. Pues eres tú el que vistes las virtudes de vicio i los vicios de virtud.

“Si tratas de medir con la tuya la intelijencia ajena, donde no alcanzas te avergüenzas, pero no te declaras inferior i te evades con frases de aparente desden a fin de atajar el término de tu derrota. ¡Hipócritas i embusteros! Emplear talento llamamos al recurso de la astusia, cuando hemos aprendido que a la sombra de las conveniencias sociales se corrompe la sinceridad.

“Aquí, entre todos, me tienes a mí, que he quemado muchas hojas de cierto libro de mis confesiones, en las que habia vertido lágrimas de contricion i de atricion verdaderas.

“Aquí estoi yo, que despues de haber escrito un libro entero con todo el corazon arrojado en sus pájinas, pensé en darlo a la luz pública tal i conforme me habia nacido de la intimidad del alma; i luego al repasarlo para limar su estilo con nímia vanidad, se me fué desatando la sospecha de si caeria en imprudencia temeraria, i oí la voz i entendí consejo de la *serpiente*, que oculta a la sombra de las conveniencias sociales, me decia: “Yo no soi desde el oríjen del hombre; aquella es la *eviterna*. . . . Yo vine con los hombres, crezco con la especie i enlazo la Humanidad. . . . Mi anillo es flexible, mi lazo blando, mi voz la ciencia, mi palabra el secreto, mi razon el misterio, la sociedad es mi vida i yo la suya. . . . No soi yo la maldecida. . . . Arrojo la verdad desnuda, disfrazo la mentira insolente. Soi unidad trina, encierro tres atributos, llevo tres nombres, *circunspeccion*, *recato*, *conveniencia*; i tengo altares en los templos de la Justicia. La palabra guardada, la accion secreta, el prescindimiento oportuno, son las triples corrientes invisibles que ciñen i fecundan el paraiso social, a la manera de los tres rios del Génesis. A nadie le pesó de haber callado, i la palabra suelta arrastra en pos de sí arrepentimientos. . . . ¡Cuánto mas persevera la palabra escrita! . . . El cincel i la piedra, el buril i el bronce, son ménos fuertes que la pluma del ave i que el papel de las yerbas.

“Los niños viven con el alma entre los ánjeles, i los adolescentes la comunican entre sí. . . . Los mozos andan puesto su corazon a precio entre mujeres. . . . Acorta, acorta de esta parte de tu vida lo que mejor parezca a tus sentidos. . . . Los hombres ya formales adelantan con los ojos fijos en los histriones que le cercan. . . . i mal habrá quien a los enmascarados dijere: “te conozco. . . .” Corta aquí de tu libro por entero, i advierte, que las tonterías se pagan en esta vida, i deja que las picardías se paguen en la otra. . . . I pues que no has llegado aun a la edad de los enfermos de su alma, de su corazon i de sus ojos; a la edad de los que apénas viven, i son relegados forzosos al patio de la cárcel; de los que se acuestan entre muertos, deliran con recuerdos, agonizan en presidio i mueren desheredados de consuelo despues que ya habian muerto en el olvido, para los niños, para

las mujeres i para los hombres. . . . Como no has llegado a la edad miserable, acorta, acorta i cierra tu libro para siempre, no sea que si por colmo de tus dolores te alcanzara la mas gran desventura, que es el *sobre-vivir*, allá en las soledades de tu alma, exprimiendo tus lágrimas postreras, escribas con ellas memorias funerales i débiles epitafios de aquellos tus hijos que cayeron desconocidos, de tus muertos amigos que serán a los leyentes como si no hubiesen sido, i los que viven de su presente alegre, se mofen crueles del loco del cementerio, que riega en tierra estéril, escarba las tumbas i cierne polvo de un mundo ya pasado. . . .

“Yo soi la serpiente posterior a la ciencia del bien i del mal.

“Yo limité a la oreja del sacerdote la suelta voz de los primeros confesantes.

“Yo recaté las confesiones, i soi la Prudencia.

“Haz que tu libro sea confesionario cerrado para el mundo i abierto a cada conciencia, para que tú seas justificado en secreto por quien leyere, al encontrarse confesor i confeso dentro de sí mismo.”

Enmudeció la serpiente que tiene altares venerandos.

Era su voz retrocedente como el eco que soltamos en los valles i vuelve a nuestro oído; es nuestra propia voz. ¡Era grito de alma que viajaba de vuelta, traído por el aura de los recuerdos, siempre dolorosos!!!

En este momento mi severo aparecido dejó paso a la insinuacion de un suspiro, i a poco continuó hablando al aire como si conversara con las moscas, i decia:

—¡Ah! ¡mutilar un libro quien lo ha escrito entero! ¡La madre en cuyas manos quedan pedazos que se desprenden de su hijo enfermo, no siente mayor pena! . . . La prudencia, la fortaleza i la templanza son virtudes necesarias que no suman nunca la cabal justicia.

I luego, presentándome un rollo de papeles que yo le habia visto, me dijo:

—Toma este esqueleto en que habitó un espíritu sincero, i entrégale a los analíticos por si le encuentran médula en los huesos.

La accion fué imperativa; i de ella vino el que yo me encontré con que habia tomado el manuscrito tan sin conciencia, como ahora, lectores mios, teneis vosotros el impreso.

Rejistraba las primeras pájinas como presumo que pasado este prologo hareis vosotros, i acudí de pronto a rascarme la oreja i distraje la mirada.

No hai escritor que se ponga a escribir para sí solo, i de eso infiero que todo literato es músico de contra-punto intelectual. I me afirmo en ella tanto mas, cuanto que tengo observado que si el lector acude de pronto a rascarse la oreja i mira al limbo, es porque se toma tres compases de espera para entrar en concordancia con el libro.

Yo, a lo ménos, por tal medio busco la armonía; mas a pesar de los tres compases me quedo muchas veces rezagado.

Dichosos los que entran a tiempo i siguen la música, que de ellos es el reino de la intelijencia.

Decia, pues, que registrando las primeras pájinas, me quedaba tan atrás, con tanta letra menuda por delante, el juicio tan desparramado, la oreja tan caliente i tan puesto los ojos en la nada, que al fin caí en la cuenta de que con haber perdido el acorde por no tomar la entrada a tiempo, gastaria la mañana en balde, si no apelaba al autor para que me dijese claro, qué cosa queria él decir con aquello apénas dicho, o si es que era calderon de solfa donde debiera yo por mí solo lucir mi propio injenio.

Apénas lo hube resuelto, me fuí al bulto. . . . i aquí, lectores analíticos, llegamos al cabo del suceso i fin del prólogo.

Es el caso que, por dar en el bulto dí en el hueco; i tras esta sorpresa acudí en busca de mi desaparecido por todos los ángulos de mi estrecha vivienda.

Como tampoco le encontrase en parte alguna, mi natural impulso fué llamarle; pero en el mismo instante de soltar el nombre, se me ocurrió que no le sabia, i quedé por un rato con la boca abierta i la lengua apuntando a las narices. Si alguno se sonrie, no se corra mucho; que yo bien sé en lo que el desmemoriado i el bobo se asemejan.

Ello es que el incógnito se fué sin saludarme.

Se fué, se huyó, desapareció, conforme se me habia presentado.

Lo que habló está escrito, lo que me dejó entre manos lo pongo en las vuestras.

ANTONIO ROS DE OLANO.

LOS EXPOSITOS.

¡Oh! cuando el beso de tu madre tierna
Te dé la bendición de la mañana
I te acaricie el alma soñolienta
Con el inmenso amor de su mirada,
 Acuérdate de aquellos
Que madre solo a su nodriza llaman!
Cuando en el seno de tu padre escondas
La frente juvenil desesperada
I bajen como bálsamo del cielo
A consolar tu angustia sus palabras,
 Acuérdate de aquellos
Que lloran ¡ai! en su desierta almohada!
Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto a los hijos de tu amor descansas,
 Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!
Cuando a la mesa del hogar paterno
El pan de Dios con tus hermanos partas,
Bajo la aureola de la frente noble
Que con sus gotas de sudor le gana,
 Acuérdate de aquellos
Que el vil mendrugo de limosna guardan!
Cuando a la puerta del hogar paterno
Vuelvas de la fatiga i la batalla,
I entre los brazos de tu madre sientas
Desfallecida de ternura el alma,
 Acuérdate de aquellos
Que arrojan ¡ai! tras de la puerta extraña!
I cuando el llanto de tus ojos tristes,
(Ya para siempre oscurecida el alma),
Riegue la sombra de la cruz bendita
Que al pié de su sepulcro se levanta,
 Acuérdate de aquellos
Que ni la tumba de sus padres hallan!
¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
I sobre el humo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza!

RICARDO GUTIERREZ.

PENSAMIENTOS.



Como el imbécil que en mitad del día
Por encender un fósforo se afana
Es quien la gloria celestial olvida,
Insensato, al correr tras la mundana.

¡Cuán grande es el Señor que nos dió vida,
Espacio, luz, amor, felicidad!...
¡Qué misericordioso! pues la muerte
Tras esa vida de ilusion nos dá.

La vida sin amor i sin amigos
Es un día sin sol;
Mas la vida sin fé, sin esperanza,
Negra noche de horror.

Cuando miro un anciano venerable,
De corazón entero,
Por tan hermosa senectud daría
(I fuera corto precio)
La mitad de esa juventud gastada
De nuestros tiempos.

En ser bella la mujer
Cifra toda su ventura,
Porque no quiere entender
Que es una flor la hermosura,
Para todos, de placer;
Para ella, de amargura.

AURORA LISTA DE MILBART.

RIMAS.

Antes que tú me moriré: escondido
 En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
 La ancha herida mortal!
Antes que tú me moriré; i mi espíritu
 En su empeño tenaz
Sentándose a las puertas de la muerte,
 Allí te esperá.
Con las horas los dias, con los dias
 Los años volarán,
I a aquella puerta llamarás al cabo....
 ¿Quién deja de llamar?
Entónces, que tu culpa i tus despojos
 La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
 Como en otro Jordan;
Allí donde el murmullo de la vida
 Temblando a morir va,
Como la öla que a la playa viene
 Silenciosa a expirar;
Allí donde el sepulcro que se cierra
 Abre una eternidad....
Todo cuanto los dos hemos callado
 Lo tenemos que hablar!

BECQUER.
